

IRAK, EL ESTADO INCIERTO

CAPÍTULO I

LAS SOMBRAS DE UN IMPERIO 2800 a.C - Abril 1939

Los pueblos con los estómagos llenos no hacen revoluciones (Saddam Hussein)

Muchos historiadores coinciden en señalar que Irak se creó sobre un círculo de sangre, violencia y destrucción. Mesopotamia o “tierra entre dos ríos” como la denominaban los griegos, era una de las cunas de la civilización. Ya en aquellos años su importancia estratégica, situada entre Europa y Asia, la convirtió en una zona de constantes batallas por su control y su situación entre los ríos Eufrates y Tigris en un vergel en mitad del árido desierto. Tras este oasis no había nada más que arena y dunas. Sumerios, acadios, babilonios, hititas, hurrianos, kasitas, elamitas, asirios, árabes, persas, otomanos y británicos fueron algunos de los grandes imperios que convirtieron a Mesopotamia primero e Irak después en la joya de sus coronas. Pero los cambios de imperio a imperio se convirtieron en auténticos baños de sangre.

Irak y el pueblo iraquí han sido siempre los perdedores de las ansias de poder de los diferentes imperios. Los sumerios que habitaban la parte sur del actual Bagdad en el 3000 a.C. desarrollaron el primer sistema de escritura y las primeras reglas urbanas, mientras que en el 2000 a.C. dos imperios se dividieron Mesopotamia. Al sur, los babilonios que crearon el sistema de medición del tiempo que aún hoy seguimos utilizando. La hora dividida en sesenta minutos y el minuto en sesenta segundos era porque el número sesenta era la base del sistema numérico babilonio. Por ejemplo el rey Hammurabi que gobernó el imperio entre los años 1792 y 1750 a.C sería el primero en codificar y redactar un marco legal para la sociedad.

Al norte, los asirios, rivales de los babilonios, controlaban la mitad norte de Mesopotamia con su capital Nínive, cercana a la actual Mosul. Guerreros y conquistadores desarrollaron la primera cultura militarista. El gran guerrero asirio Tiglath Pileser III ideó el concepto clave para el control del ejército bajo un control político y que aún hoy es utilizado por las democracias del mundo, sobre la base de un ejército permanente controlado por una burocracia política permanente.

En el 500 a.C las antiguas civilizaciones mesopotámicas desaparecieron y Babilonia y Asiria cayeron bajo el yugo de Ciro el Grande. En los siguientes once siglos, el país pasó a ser controlado por diferentes gobernantes persas y griegos hasta la llegada de los árabes en el siglo VII de nuestra era. Saddam

Hussein bautizó a su particular guerra contra Irán como Qadissiyat Saddam, en recuerdo a la batalla de Qadissiyat del 637 d.C cuando los árabes derrotaron a las tropas zoroástricas persas de Mesopotamia.

Los musulmanes no sólo introdujeron la religión sino también un dominio absoluto en la región y bautizaron a la antigua Mesopotamia con el nombre actual de Irak. Las continuas divisiones en el Islam se tradujeron en constantes guerras entre facciones y entre estas divisiones las sucedidas entre el sunismo y el shiismo. El origen de este cisma era por saber quien debía suceder a Mahoma. Los sunitas consiguieron hacer prevalecer su razón y tres seguidores se convirtieron en sucesivos líderes del Islam. En el año 656 un ejército de árabes se rebelaron contra el poder absolutista de Ozman, el tercer califa sunita al que asesinaron nombrando a Alí como nuevo califa.

Pronto se desató una guerra civil y Alí se refugió en Kufah al suroeste de Bagdad. El conflicto generó una batalla entre los fieles a Alí y las tropas de Muawiya, gobernador de Siria y primo de Ozman. Como en la guerra irano-iraquí, sin un avance claro por un lado u otro ambas partes decidieron negociar un acuerdo de paz, pero mientras entablaban conversaciones los partidarios de Muawiya asesinaron a Alí. Este fue enterrado en la ciudad de Nayaf convirtiéndose en una de las ciudades santas de los shiies. En esta ciudad pasaría algunos años de exilio el ayatollah Jomeini en la década de los setenta.

La venganza llegaría una generación después cuando el hijo de Alí y nieto del profeta se rebeló contra Hussein, el hijo de Muwayah que le había sucedido tras la muerte de este. En el 680 d.C Hussein encabezó la revuelta contra los omeyas pero su resistencia fue descabezada en las llanuras de Karbala. El lugar del martirio del nieto del profeta convertiría a esta ciudad en la segunda ciudad santa para los shiies en Irak. Las guerras continuaron asolando el país hasta la llegada del conquistador árabe Al Hajjaj bin Yusuf al Thaqafi en el 694 d.C.

Al Thaqafi describió a los iraquíes como “gentes hipócritas con cabezas maduras que cortar”, algo que hizo durante varios años. Menos de cien años después, en el 762 d.C. una nueva dinastía de califas, los abásidas construyeron una nueva capital en Bagdad, la cual convirtieron en un verdadero centro cultural del Islam. En la mitad de esta época dorada, la Europa cristiana invadió el este hasta alcanzar Jerusalén y otros lugares considerados santos para las tres culturas monoteístas. En la larga guerra que se desataría, fue otro iraquí llamado Saladino, un kurdo nacido en la ciudad de Tikrit quien reconquistaría Jerusalén.

En el 1258 de nuestra era, Hulagu Jan, nieto del famoso Gengis Jan sitió Bagdad y la redujo a escombros. Como los líderes de la ciudad seguían sin rendirse el conquistador decidió destruir los diques del Tigris ahogando a miles de sus ciudadanos. El papel de los mongoles fue breve en la historia de esta región pero también sangrienta. Los historiadores señalan que cerca de cien mil personas fueron asesinadas en menos de un mes.

Su corto poder acabó con cualquier rastro del Islam árabe, abriendo el camino a los florecientes imperios turcos. En el siglo XVI Irak volvió a tener un gobierno más o menos estable. Primero los selyukos y posteriormente los otomanos, mantuvieron el poder en el actual Irak durante casi cuatrocientos años hasta la llegada de la Primera Guerra Mundial. La primera conquista otomana data de 1534 tras una larga guerra con los shiíes Savafida de Irán. En este tiempo el territorio iraquí era escenario de continuas batallas y Bagdad, su capital, pasaba de mano en mano con las subsiguientes matanzas. Estas batallas se sucedieron hasta el 1638 cuando los otomanos conquistaron definitivamente Irak.

La historia y la cultura de la región produjo un cóctel explosivo que en el siglo XX hizo de Irak un país multiétnico formado en su mayoría por árabes, kurdos, turcos, persas, caldeos, sabeos y judíos. A estas etnias se sumaron los afganos, azeríes e incluso hindúes.

Durante el imperio Otomano, el territorio de Irak fue administrado en tres provincias separadas. Al norte, Mosul, incluyendo la ciudad de Mosul, Kirkuk, Arbil y Suleimania bajo dominio de los kurdos suníes. En el centro Bagdad, incluyendo la antigua capital islámica y sus alrededores bajo dominio de los árabes suníes. Y finalmente Basora desde donde se administraba el resto de territorio del sur de Mesopotamia. Los shiíes árabes tenían una presencia importante en las ciudades de Karbala y Nayaf desde donde ignoraban por completo a la administración otomana y sus impuestos.

Realmente el poder otomano se centraba en las principales urbes y su control se extendía tan sólo hasta los suburbios de estas ciudades. Las tribus controlaban las zonas más allá de las ciudades, pero mientras estas permitiesen los libres accesos a las urbes, las tropas del sultán otomano mantenían los ojos cerrados ante los poderes cada vez mayores de los jefes tribales. La seguridad de las rutas comerciales permitían a los shiíes mantener una relativa independencia bajo el poder otomano.

Durante el siglo XVIII, Irak era para los británicos un punto importante como escala dentro de la ruta comercial hacia la India. Esto hizo que el país se convirtiera en el siglo XIX, en un lugar importante dentro de la esfera de influencia del Imperio británico. Bajo las presiones de una Europa cada vez más expansionista en la región, el gobierno otomano en Estambul comenzó a diseñar en 1839 un importante plan de reformas modernizadoras para Irak, pero considerado como un lugar de exilio para los opositores políticos, los avances sociales no llegaron hasta casi cuarenta años después.

Entre estas reformas estaban la implantación del turco como lengua obligatoria en las escuelas primarias y la aplicación de las llamadas leyes civiles. Hasta entonces el monopolio sobre las instituciones legales del país estaban en manos de unas pocas familias quienes también poseían el control de la sanidad y de la tierra cultivable. Las familias basaban su poder político en un poder religioso.

Esta élite formada en su mayor parte por importantes familias suníes intentó oponerse al poder del Imperio Otomano. Estambul pagó la paz con ellas

otorgándoles más poderes políticos, económicos y religiosos en la burocrática administración de Bagdad.

Por el año 1911 los bancos del Imperio Otomano calculaban que el treinta por ciento del grano producido en las áreas irrigadas iraquíes llegaba a la capital del Imperio, el cincuenta y cuatro por ciento era para los cultivadores y el otro dieciséis por ciento para los terratenientes, mientras casi el ochenta por ciento de la población de Irak sufría malnutrición. Al mismo tiempo la nueva política escolar otomana consiguió reducir el analfabetismo del veinticinco por ciento en 1850 a casi el diez por ciento en 1914.

La Primera Guerra Mundial provocó profundos cambios en Irak. En octubre de 1914 las tropas de la Fuerza Expedicionaria de Mesopotamia (MEF) de Su Graciosa Majestad británica invadieron el país desde el Golfo Pérsico. Las autoridades militares descubrieron lo difícil que sería mantener una ocupación constante, así es que deciden aliarse con los suníes, que en aquellos años conformaba el veinte por ciento de la población total. Los shiíes formaban más de la mitad de la población de Irak, los kurdos el veinte por ciento y los judíos el ocho por ciento.

El asedio a la ciudad de Basora comenzó a finales del mes de octubre y en noviembre las tropas coloniales británicas desfilaban ya por sus calles principales. Pero el problema era que en Londres o en la India no tenían nada claro el futuro de una Mesopotamia ocupada bajo el Mandato británico.

La MEF no tenía unos objetivos militares claros, pero sus conquistas territoriales venían dadas por los intereses políticos y económicos de la metrópoli. La ocupación de toda la provincia de Basora tras la derrota de las fuerzas otomanas en Shu'aiba en abril de 1915 supuso una cabeza de puente en el rápido avance de las fuerzas británicas hacia Bagdad. En el mes de noviembre del mismo año, la bandera del Imperio Británico ondeaba a tan sólo setenta y cinco kilómetros de la capital. Sitiada la ciudad, se rindió cuatro meses después.

Tras esta victoria los británicos se dirigieron hacia la ciudad estratégica de Kirkuk en el verano de 1918. Al llegar la vanguardia de la MEF descubrió que la ciudad se hallaba en ruinas tras el paso del 6º Cuerpo de Ejército Otomano.

Finalmente y exhausto debido a las derrotas sufridas en diferentes puntos de Oriente Medio, el ejército otomano firmó el llamado Armisticio de Mudros en octubre de 1918. El documento ordenaba a todas las tropas turcas a rendirse a los británicos pero el Gobernador de Mosul no estaba dispuesto a acatar la orden de rendición y retirada. Los turcos declaraban que la ciudad formaba parte del Imperio Otomano pero para los británicos aquello era algo que no se discutía. Debían retirarse de toda la provincia. En noviembre de 1918 se retiraron estableciendo las líneas de armisticio en la frontera norte de la provincia de Mosul.

Una vez que Irak se encontraba bajo control absoluto del Imperio Británico, los líderes de las llamadas tres provincias tomaron diferentes caminos. En Basora por ejemplo, los dirigentes se acomodaron rápidamente al nuevo poder

establecido e incluso mantuvieron buenas y fructíferas relaciones comerciales con la autoridad ocupante. Con este pacto los británicos controlaban casi las dos terceras partes del comercio que pasaba por Basora y cuyas líneas comerciales eran protegidas por la Fuerza Naval británica.

Mientras tanto el poder shíi se dividía en dos facciones. Los mujtahids que acataron la llamada al yihad contra el infiel británico lanzada por el Imperio Otomano y los seguidores del ayatollah Kazim Yazdi que se negó a llevarla a cabo. Yazdi había sido testigo de cómo miles de shíies que combatían en las fuerzas auxiliares otomanas habían perecido en la batalla de Shu'aiba contra los británicos. Incluso muchos de los prisioneros shíies y que formaban parte de la sociedad secreta nacionalista árabe Al`Ahd o El Pacto, mostraron su interés a los británicos por unirse a la “Revolución Árabe” en el Hijaz liderada por el hashemita sharif Hussein de la Meca y sus hijos en la mitad de 1916.

Incluso oficiales otomanos descontentos con el poder absolutista que reinaba en Estambul decidieron unirse también a las fuerzas del sharif. Muchos de ellos llegaron a ocupar posiciones importantes en el ejército árabe debido a su experiencia en combate y formando las líneas de vanguardia que darían la victoria al emir Faisal, hijo del sharif y futuro rey de Irak y que permitió su entrada en Damasco. Ellos ayudaron a establecer el breve Reino Árabe en la ciudad.

En 1920 se sucedió la primera rebelión contra el poder británico por parte de los shíies. A estos se unieron el resto de tribus y sectas que deseaban un Irak independiente. La revuelta tenía como fin acabar de una vez por todas con el poder usurpador europeo o franji suponiendo para las tropas británicas casi dos mil bajas.

En 1918, año en el que los británicos ocuparon las ciudades santas de Nayaf y Karbala los clérigos, notables y jeques tribales shíies fundaron la sociedad secreta Jam`iyya al-Nahda al-Islamiyya o Sociedad del Renacimiento Islámico. La principal tarea de la nueva sociedad secreta era combatir contra el ocupante británico y su administración en las ciudades shíies. El asesinato de un alto oficial británico en Nayaf provocó una oleada de represión sin precedentes. El Alto Comisionado Británico ordenó el bloqueo total de la ciudad. Hasta ese momento las ciudades de Nayaf y Karbala mantenían una especial autonomía del poder militar británico, pero desde el atentado ambas ciudades pasaron nuevamente al control de la Fuerza Expedicionaria que impuso el toque de queda y el estado de excepción. Los funcionarios civiles fueron sustituidos por soldados británicos.

El avance de los rebeldes obligó a las tropas de la MEF a recurrir mucho antes que el propio Saddam Hussein a dos armas importantes: la fuerza aérea y los gases químicos. Además de ignorar a las minorías, los ingleses incumplieron su palabra de conceder la independencia al pueblo kurdo mediante la creación de un estado independiente firmado en el Tratado de Sèvres en 1920. El poder británico había conseguido gracias a su mala administración colonial unir en un frente común a tribus que nada tenían que ver entre ellas. Kurdos, shíies y las clases bajas suníes, a la que pertenecía Saddam Hussein eran claramente antibritánicos.

Una reunión de líderes tribales mantenida en Suleimania ese mismo mes ofrecía al Imperio Británico el papel de protector. Las autoridades coloniales en contrapartida establecieron contactos con el jeque Mahmud Barzinyi y creyendo que su autoridad abarcaba toda la región lo nombraron Gobernador del Bajo Kurdistán en diciembre de 1918. Este nombramiento formaba parte de un plan británico para seguir manteniendo una especie de autonomía disfrazada, pero con lo que no contaban era con las ansias de independencia de los líderes tribales.

Por fin en mayo de 1919, los líderes kurdos declararon la independencia del Kurdistán basándose en una necesidad cultural más que política y más social que territorial. El poder británico en Bagdad no podía permitir que una zona estratégica como aquella se les escapase entre los dedos así es que decidieron el envío de una Fuerza Expedicionaria para restablecer el control. El jeque Mahmud Barzinyi fue capturado restableciéndose la administración británica en Suleimania apoyada por una fuerza militar compuesta por casi dos mil hombres. Desde ese mismo momento se generaría un claro resentimiento entre el pueblo kurdo a los poderes occidentales y que aún hoy perdura.

En Bagdad y las regiones centrales de las tres provincias la actitud del desarrollo de la ocupación militar británica variaba. El acuerdo Sykes-Picot por el que ingleses y franceses se repartían el Imperio Otomano en el Oriente Medio afectó en gran medida a Irak.

Los británicos utilizaron a las diferentes etnias como piezas de ajedrez y sin duda alguna contribuyeron a las divisiones étnicas que aún reinan en el Irak de Saddam Hussein. La sociedad iraquí bajo el Imperio Británico comenzó a separarse entre los que estaban a favor de la expulsión total del ocupante europeo y los más moderados a favor de que los británicos se marchasen pero que tomasen parte en las decisiones del futuro de Irak. Uno de los errores británicos fue considerar a los iraquíes iguales que los ciudadanos de la India y por lo tanto más fáciles de administrar.

Divididos en tres sectores bajo un mando bipolar, el comandante en jefe de las fuerzas militares y el comisionado civil, Sir Percy Cox, los británicos pretendían implantar en Irak un tipo de administración como la desarrollada en Egipto o la India. Para reforzar esta idea se decidió la implantación de la llamada Regulación de Disputas Tribales Civiles y Criminales, basada en la llamada Acta del Gobierno Indio. Esta nueva ley permitía a la autoridad colonial nombrar o cesar a aquellos jefes tribales que pusiesen en peligro el Mandato Británico. Este era el primer escalón para anexionar a Irak al Imperio Británico.

Esto generó una reacción contraria que determinaría la unión de las fuerzas opositoras a los británicos que desembocaría en el llamado Congreso de Damasco de 1920 en donde declararon la independencia de Irak bajo el reinado del emir Abdallah, hermano de Faisal e hijo del sharif Hussein. El problema era que el propio Abdallah no creía en que un grupo de líderes tribales pudiese acabar con el poder británico en Irak así es que se mantuvo

en un plano secundario para evitar herir la susceptibilidad de la potencia colonial en caso de que la revuelta no diese resultado.

Un número importante de hombres se concentró en la ciudad siria de Tall `Afar con el fin de marchar hacia Mosul. Las tropas británicas dispersaron a los rebeldes a tan solo catorce kilómetros de la frontera con Siria. Tan sólo unas semanas antes los franceses habían conseguido un Mandato de la Sociedad de Naciones para ocupar toda Siria.

Ese mismo año se formaba la sociedad secreta Haras al-Istiqlal o Guardianes de la Independencia. Sus filas agrupaban tanto a sunitas descontentos con el poder colonial como a shiíes que clamaban por un Irak islámico independiente. En marzo de 1921 en la Conferencia de El Cairo, el recién nombrado secretario de Colonias, Winston Churchill apoyó la creación de un sistema monárquico poniendo en el trono al hashemita Faisal, pero esta decisión acabaría siendo un error y por lo tanto, una semilla para la violencia. Faisal había sido nombrado ya rey de Siria en 1920 pero tras la Conferencia de El Cairo fue depuesto y nombrado rey de Irak.

Para agravar aún más la situación Faisal I comenzó a tomar decisiones independientemente de la Oficina de Colonias en Londres. El monarca reclamaba más unión entre los sectores sociales del país, algo que los británicos vieron como un claro llamamiento contra el poder colonial en Irak. Como contramedida, los ingleses apoyaron a tribus y sectores sociales contrarios al rey y reclutaron cristianos para la creación de un ejercito privado que protegiese los yacimientos petrolíferos en las zonas kurdas. Curiosamente lo que los británicos hacían era apoyar a dirigentes kurdos o shiíes para atacar a los suníes que ellos mismos habían instalado en el poder.

Realmente los británicos administraban más que gobernar un extenso territorio en el que no tenían ningún interés. Tan solo las zonas petrolíferas de Mosul. El rey, perteneciente a la minoría sunita, tampoco ayudaba a tranquilizar los ánimos. Faisal I aceptaba sin rechistar el poder impuesto desde Londres. La experta en la región Gertrude Bell afirmaba “los británicos creemos que tenemos tanto poder ilimitado que hasta podemos crear reyes. Esto puede ser sencillo aunque nunca conseguiremos que sean amados por sus pueblos”.

Así era, la monarquía y por consiguiente los británicos hacían oídos sordos a las constantes reclamaciones de la mayoría shií, mientras situaban en lugares estratégicos de la administración a funcionarios suníes que antes habían servido al poder turco.

Faisal, coronado el 23 de agosto de 1921, tenía a sus treinta y seis años poco respeto por los grandes Imperios. Él conocía de primera mano las intrigas llevadas a cabo desde Estambul para evitar que su padre fuese nombrado sharif de la Meca. También y como líder de la Revuelta Árabe durante la Primera Guerra Mundial, conocía la dificultad de movilizar a los árabes del Hijaz para combatir por una causa común. Estas experiencias habían hecho de él un hombre astuto, cauto y diplomático y que se convertirían en la base de su poder como rey de Irak.

A pesar de las trabas impuestas por Londres, adoptó medidas como el reconocimiento de los derechos shiíes como forma de superar las divisiones graves que perjudicaban al país; creó y formó un ejército poderoso como forma de una integración nacional de todas las etnias sin saber que esta última medida supondría el comienzo del fin de la estabilidad de la que había gozado hasta entonces el Irak moderno.

Los shiíes vivían divididos por su opinión política. El Partido Watani, claramente nacionalista apoyaba la cooperación con los sunitas iraquíes para formar una oposición contra los británicos. El Partido del Despertar apoyaba un gobierno sunita con representantes shiíes. El rey Faisal por su parte sabía que no podría existir un Irak independiente sin una comunidad shií integrada en el gobierno.

El monarca mantuvo una estrecha comunicación con el líder shií, Sayyid Baqir Ahmad al Hasani. Esta fue la época en la que esta comunidad consiguió los mayores avances sociales. Consiguieron involucrarse en la economía y la educación ampliamente dominadas durante décadas por la mayoría sunita. Mantenían veintiséis escaños de los ochenta y dos que conformaban el Parlamento Iraquí de 1928. Otro de los avances integradores alcanzados por Faisal fue el conseguir un aumento de los matrimonios mixtos entre sunitas y shiíes.

También el ejército fue utilizado por el rey de Irak como un instrumento conciliador y de integración interétnica. Faisal y sus ex oficiales otomanos apostaban por un ejército poderoso para alcanzar la independencia y el servicio militar no obligatorio como una forma de hacerlo fuerte. Aún así los líderes de las comunidades shiíes y kurdas veían que sus ciudadanos serían tan sólo simples soldados a las ordenes de oficiales sunitas.

En 1932 Irak fue admitida en la Sociedad de Naciones como país independiente, pero los británicos continuaban detrás de todos los poderes reales del país. Mantenían una fuerte presencia en las Fuerzas Aéreas con el control de las bases en Habbaniyya y Shu`aiba, mantenían a innumerables consejeros con puestos claves en los principales ministerios, y mantenían el control absoluto de la Iraq Petroleum Company, la mayor fuente de ingresos del gobierno. La única ley que quiso imponer Gran Bretaña al rey Faisal fue la de la incautación de las tierras para su reparto entre las capas sociales más desfavorecidas, pero el poder que los terratenientes tenían en el gobierno hizo que la ley fuese rechazada.

Faisal I murió en 1933 cuando aún no había alcanzado su gran deseo de ver un Irak independiente del poder británico siendo sustituido por su hijo, el inepto y corrupto Ghazi, de veintiún años. Éste en lugar de usar al ejército como un símbolo de unificación tal y como había hecho su padre, el nuevo monarca lo transformó en su propio juguete con el que manejar la política de Irak y por lo tanto crear unas mayores divisiones sociales.

Tres años después de asumir el poder Ghazi unió sus destinos al del general Bakr Sidqi con el que organizó un autogolpe de Estado para reforzar su poder pero este sería su primer error. El problema fue que un sector social como el ejército y pensado como un ente integrador se convirtió en un arma

fácilmente manipulable por políticos que lo usaban para sus fines y para acabar con otros políticos opositores.

Bakr Sidqi, era el comandante de la Región Norte cuando se sucedió la llamada “Revolución de los Asirios”. En los últimos meses de 1932 los líderes asirios persuadieron a la Sociedad de Naciones para que estos reconociesen su derecho a la autonomía y al establecimiento de un enclave en el norte de Irak, si era necesario por el uso de la fuerza. En el verano de 1933 los asirios fueron a Bagdad para negociar con el gobierno pero las conversaciones se rompieron bruscamente y sus dirigentes detenidos. Este hecho causó la alarma entre la comunidad asiria y decidieron formar un pequeño ejército para establecer un pequeño enclave en Siria.

El gobierno francés decidió el envío de una fuerza militar para obligar de forma pacífica a que se retirasen nuevamente hacia Irak. Una vez cruzado el rubicón, los soldados iraquíes al mando de Sidqi intentaron desarmar al pequeño ejército asirio provocando decenas de muertos en ambos bandos. Poco después Bakr Sidqi fue autorizado en agosto de 1933 a arrasarse las pequeñas poblaciones asirias del norte de Irak apoyados por las milicias kurdas que aprovecharon la oportunidad para ocupar las zonas arrasadas por el ejército iraquí.

Sidqi fue ascendido a general y recibido en Bagdad como un héroe. El rey Ghazi sabía que debía adularle si quería utilizar al ejército no sólo para defender el territorio nacional de enemigos externos sino también para sofocar las revueltas organizadas por disidentes internos.

Cada vez más el monarca basaba su política en un creciente nacionalismo árabe que él mismo se encargaba de alimentar desde la emisora de radio que había fundado e instalado en su propio palacio. Sus mensajes eran cada vez más populares en Siria, Palestina, Jordania y Kuwait. Los británicos comenzaron a lanzar mensajes a los políticos iraquíes sobre la poca conveniencia de los mensajes antibritánicos lanzados por el rey. Es en esta época cuando Ghazi comenzó a alegar la necesidad de una anexión de Kuwait y la concesión de ayudas a los palestinos contra la cada vez más numerosa población judía.

Londres deseaba acallar de una vez por todas al rey, bajo cualquier método y así se lo hicieron saber al ex primer ministro iraquí Tewfiq al Sewidi. La metrópoli comenzó a apoyar a políticos iraquíes pro británicos que tras el asesinato del militar golpista Bakr Sidqi habían podido regresar al país. Pronto se formaron dos facciones, una dirigida por Nuri Said, el que fuera primer ministro hasta en catorce ocasiones y otra dirigida por Abdul Ilah, primo del rey Ghazi.

Said quería formar un Consejo Regente para gobernar el país tras la caída de Ghazi, mientras que Ilah, un títere de Londres, deseaba ocupar el trono. El 3 de abril de 1939, el rey Ghazi viajaba en su vehículo oficial acompañado de dos escoltas. En una carretera cercana a Bagdad, el vehículo chocó misteriosamente contra un poste telefónico. El cadáver del monarca quedó tendido en la carretera con la nuca rota. Las investigaciones demostraban que

era imposible el que Ghazi hubiese muerto por el impacto. Todos los intentos por investigar la muerte del rey acabaron en saco roto en parte por las trabas impuestas por los políticos probritánicos. Al final, Abdul Ilah con el apoyo de Londres fue nombrado regente hasta la mayoría de edad del hijo del rey muerto. Pero el nuevo gobernante no contó con la popularidad del rey Ghazi entre los sectores más nacionalistas de Irak.

El pueblo reclamaba la muerte por traición de Nuri Said y de Abdul Ilah a quienes denominaban como bejur 'ala dahru o los que se arrastran de espaldas, el peor insulto en Irak. Mientras ambos políticos pedían ayuda a los británicos para contener las revueltas, Londres y su ejercito preferían mantenerse en un segundo plano para esperar el resultado de las maniobras políticas.

La leyenda que sostiene que Irak era un país formado por los ingleses a partir de las tres provincias de Mosul, Bagdad y Basora según defiende el historiador inglés Charles Tripp en su libro A History of Iraq carece realmente de fundamento. Según asegura el escritor de origen palestino Saïd Aburish en su libro Saddam Hussein, The Politics of Revenge, Irak según lo concibieron los británicos no era un concepto del todo artificial. El poder británico de posguerra produjo un gobierno iraquí que controlaba el mismo territorio que hoy controla Saddam Hussein.

Los británicos confirmaron las actuales líneas fronterizas en 1926, cinco años después de inventar una corona iraquí y poner en el trono al rey títere árabe, Faisal I. Lo cierto es que las actuales fronteras del Irak de Saddam Hussein se trazaron en respuesta de los intereses occidentales que se repartieron los despojos del Imperio Otomano tras la Primera Guerra Mundial. Los británicos continuaban dirigiendo los destinos de Irak como si de una pieza de ajedrez se tratase, pero se acercaban los años bélicos, la apertura de un nuevo frente para Londres y años de dura represión.